

E. MIRET MAGDA LENA

La palabra "moral" tiene resonancias de otros tiempos. A muchos —sobre todo a la juventud— les produce una reacción negativa.

Esto es producto de una legítima repulsa de lo que se ha escondido detrás de ese término con consejos, normas y códigos negativos que se refieren a unas costumbres que, en buena parte, han pasado ya a la historia y que no tienen razón de ser actualmente.

Sin embargo, el ser humano tiene que vivir y desarrollarse. No puede entregarse a la pura improvisación sin responsabilidad alguna. Es un ser creativo que tiene en sus manos el futuro del mundo. Como lo dijo ya hace siglos la versión latina de la Biblia: "Dios dejó el mundo a la disputa de los hombres". Nadie vendrá milagrosamente del cielo a arreglar nuestros entuertos: eso es cosa nuestra.

La construcción de un hombre y de una sociedad más satisfactorios está en el anhelo de muchos —creyentes y no creyentes— que desean hacer algo positivo por ello.

Los cristianos, en particular, aceptamos algo que es común a todos los que seguimos el Evangelio. Yo le llamaría la sabiduría de la comunidad de los creyentes, que forma el núcleo común a todos los tiempos. Si yo personalmente soy cristiano es porque, a través de la Historia, veo en medio de tantos defectos y errores una pequeña pero importante llama, que comenzó en la vida del fundador, Jesús; y que no la encuentro después apagada totalmente, aunque sí oculta por mucha hojarasca. Está presente en ciertos grandes personajes, como fueron algunos santos y ciertos inconformistas tenidos por herejes en su tiempo, hoy reivindicados por la misma Iglesia, así como en determinados pensadores, profundos e independientes, que se sintieron preocupados por el descubrimiento que aportó a sus vidas la lectura de esos pequeños libros que se llaman Evangelios. Y esos personajes más visibles no fueron más que el exponente de lo que vivieron algunos grupos sencillos de creyentes que no supieron expresar llamativamente lo que estas figuras manifestaron con más claridad. Los primeros cristianos, los seguidores del primitivo franciscanismo, los fraticelli del Medievo, tienen un mismo sonido que el Cántico del Sol y los himnos de San Francisco, las Utopías racionales del Beato Ramón Llull, la Utopía social de Santo Tomás Moro, o la Utopía realista de algunos sociólogos científicos de hoy, como Bloch y Horkheimer. El amor social y la preocupación por el hombre concreto estuvieron presentes en todos ellos.

A través de la historia cristiana veo, con numerosos eclipses, brillar, aunque sea tenuemente, esta luz para todos los hombres. Una moral básica que, mejor o peor expresada, ha sido norte de los hombres conscientes de cualquier religión o irreligión. Algo que resulta acervo común de la sociedad y que —en vez de freno— es acicate y estímulo hacia más y mejor.

Esta es la moral verdadera: un impulso para ser más hombres, no sólo individual, sino también socialmente. El hombre es también un ser

social, y en su misma estructura tiene esta dimensión que debe armonizarse con los factores del desarrollo individual. Aspecto este —el social— demasiado olvidado en la moral al uso hasta hace poco.

Recogiendo esta corriente vital de siglo, algunos pensadores muy diversos han pretendido estructurar una cierta definición. Y sus esfuerzos me parecen importantes, porque pueden sintetizar los nuevos anhelos que muchos tenemos, dentro y fuera de la Iglesia, aunque muchos hombres dentro de la misma no saben cómo enfocarlos hoy. Porque en la Iglesia católica reina una profunda confusión. Si preguntamos a diferentes clérigos sobre un punto concreto de moral —por ejemplo, las relaciones sexuales prematrimoniales—, encontramos contestaciones para todos los gustos: desde la más cerrada a la más abierta. Y lo mismo nos ocurriría con los temas de la propiedad, la autoridad o la convivencia sociales. Y esto es un gran mal, porque todavía muchos ven en ellos un norte, alguien a quien dirigirse en sus dudas y en sus inquietudes básicas. Para superar esta situación no veo más que un camino: el mismo que tendría todo hombre consciente: acudir a la base, a lo fundamental, para salir de este atolladero del mundo eclesialístico y del mundo pro-

NUEVA MORAL

fano, y decir una palabra que pueda ser útil a todos.

El filósofo católico Gilson, haciéndose eco de este núcleo fundamental que descubre a través de los siglos, dice que "el fundamento de la moral es la propia naturaleza humana, y el bien moral es todo objeto, toda operación, que permiten al hombre desarrollar las virtualidades de su naturaleza y de actualizarse según la norma de su esencia, que es ser dotado de razón". Aquí está el punto de confluencia, y el norte al que debemos dirigirnos todos, para crear un nuevo hombre y una nueva sociedad. Pero no creamos que esta razón sea algo impersonal y abstracto, lleno de antiguos silogismos y apartado de lo concreto. Otro gran moralista católico, el benedictino O. Lottin, aclara que "la razón natural no tiene nada de impersonal, ya que es la razón de cada hombre dedicándose a concretar sus exigencias en cada caso específico" (Morale Fundamentale).

Otros, como el padre Sertillanges, otro inteligente pensador católico, decía que "la ética es (sin distinguir entre la palabra ética y moral, que son usadas indistintamente en esos textos): "lo que el hombre debe ser, en función de lo que es".

¿Qué quiere decir esto? Un médico y psico-

analista, que después se hizo sacerdote, Marc Oraison, desarrolla esta idea. Y para ello se ayuda de la psicología profunda. De este modo aclara mejor la dinámica elevadora y constructiva de la estructura del ser humano, y centra la moral en ella. Lo mismo que otro sacerdote, Ignacio Lepp —que conoce bien el marxismo— y define la naturaleza humana así: "Las capacidades de acceso a la reflexión, al trabajo creador, a la palabra significativa y —por tanto— a la moral; porque la naturaleza humana es dinámica y dialéctica" (La Moral Nueva). Eso mismo es lo que dijo sustancialmente hace cuatro siglos nuestro gran pensador español del Siglo de Oro Francisco Suárez, S. J., que varias centurias después de su muerte todavía era grandemente apreciado en las Universidades alemanas, donde reinaba el moderno racionalismo.

Para descubrir lo que sea esa moral dinámica, constructiva del ser humano, hasta ahora disponíamos de pocos medios. Fundamentalmente era el ejercicio de nuestra razón individual y la experiencia "empírica" (precientífica) de los hombres a través de los siglos. Hoy tenemos además a nuestra disposición la ciencia: la antropología, la psicología y la sociología, inteligentemente comprendidas, dan pauta para desarrollar positivamente al ser humano y no caer en recetas ingenuas de otros tiempos, o en frases hechas de tipo rutinario o irresponsable.

Lo descubre también otro gran moralista católico: el padre Haering. "En muchos casos —dice— la experiencia acumulada y las reflexiones de la humanidad nos proporcionan una respuesta satisfactoria, pero muchos problemas piden experiencias, experimentos y reflexión nuevos" (Moral y Medicina). La misma Biblia, por boca de San Pablo, en su Carta a los romanos, enseña la sustancia de esto mismo cuando dice: "Todo lo que no procede de la convicción, es pecado" (Nueva Biblia Española). Y en el siglo XIII lo repitió de modo tajante el Concilio de Letrán. Esa convicción racional, ayer empírica y hoy científica, que ayuda a construirnos individual y socialmente.

¿Por qué no partir de esto todos, creyentes y no creyentes? El profesor Rieff descubre en su profundo libro "Freud, la mente de un moralista" esta misma raíz como meta de toda la vida intelectual y personal del inventor del psicoanálisis, que tan apartado ha parecido a muchos católicos de esa tradición inteligente que aquí resumo.

Pero dos nuevos problemas surgen. El primero: ¿Cómo concretar más esta idea central de lo que debe ser la moral? Y el segundo: ¿Cómo coordinar esto con la llamada moral cristiana? ¿Tiene esta moral cristiana algo específico que no contiene la moral del hombre? ¿La moral cristiana es un motivo de discriminación entre los hombres? Problemas graves e importantes que debemos afrontar con valentía todos, en un diálogo que no excluya a nadie, sin paternalismos que a nada están conduciendo en el mundo actual. ■